

ORACION VIII A LA VIRGEN SANTISIMA.

(De san Alfonso Ligorio.)

¡O Madre de dolor! ¡Reina de los mártires y de los sufrimientos! Vos sois la que habeis llorado con lágrimas amargas á vuestro Hijo muerto por mi salud. Mas ¿de qué me servirán vuestras lágrimas si tengo la desgracia de condenarme? Alcanzadme pues por el mérito de vuestros Dolores un sincero arrepentimiento de mis pecados y una verdadera mudanza de vida, á la cual acompañe un tierno sentimiento por los sufrimientos de Jesucristo y por los vuestros. Ya que Jesus y Vos, siendo inocentes, habeis padecido tanto por mí, haced que yo, que por mis pecados he merecido el infierno, padezca tambien algunos trabajos por vuestro amor. ¡O mi divina Madre! Por la afliccion que experimentásteis viendo vuestro Hijo bajar la cabeza y espirar en la cruz, os suplico que me alcanceis una buena muerte. ¡Ah! No dejéis de asistir en aquel terrible trance á mi alma afligida, combatida por los enemigos que le rodean. Tal vez en aquella ocasion no me será posible invocar los dulces nombres de Jesus y de María : por eso los invoco ahora para entonces ; y os ruego una y mil veces, ó santo objeto de mis esperanzas, que me ayudeis en los últimos momentos de mi vida. Amen.

EJERCICIO IX.

PARA EL DOMINGO DE SEPTUAGÉSIMA.

INSTRUCCION NONA. LA VIRGEN SANTISIMA SE HALLA PRESENTE A LA MUERTE DE SU HIJO, Y ASISTE A SU ENTIERRO.

Repleberis calice meroris et tristitia... Et bibes illum, et potabis usque ad faeces.

Te llenarás del caliz de tristeza y amargura, y serás saciado bebiéndolo hasta las heces. (*Ezeq., cap. 23, v. 33 y 34.*)

Basta decir á una madre que su hijo ha muerto, para excitar todo su amor hácia este hijo que acaba de perder. Muchas veces las incomodidades y disgustos que el hijo ha causado disminuyen en gran parte el pesar que ocasiona su muerte. Mas este triste consuelo no tenia lugar en María ; porque Jesus fue el mas sumiso, el mas obediente, el mas amable de todos los hijos. ¿Quién pues

será capaz de ponderar el inmenso dolor de María? « Yo os ofrezco, Dios mio, dice la « Virgen al eterno Padre, el alma inmacu- « lada de vuestro Hijo y mio, que os ha obe- « decido hasta la muerte. Vuestra justicia « está enteramente satisfecha, y vuestra vo- « luntad queda cumplida.» Al mismo tiempo contempla la Virgen el cuerpo de su divino Hijo, y exclama : « ¡O llagas causadas por el « amor! yo os adoro. Vosotras habeis pro- « porcionado al mundo la salud : vosotras « quedaréis abiertas para ser el refugio de « todos los que buscarán un abrigo en voso- « tras. ¡Oh! ¡ cuántos pecadores recibirán « por vosotras el perdon de sus culpas, y se « encenderán en deseos de gozar el bien su- « premo ! »

Querian los judíos que el cuerpo de Jesus fuese depuesto inmediatamente de la cruz; mas como no era permitido descolgar á los reos antes que constase su muerte, los soldados rompieron las piernas á los dos ladrones que fueron crucificados al lado del Salvador. La Virgen se estremeció á la vista de semejante espectáculo, y les dijo : « ¡Ay! Mi « Hijo es ya muerto : guardaos de insultarle « mas : á lo menos evitadme este nuevo tor- « mento : haceos cargo que soy su Madre. » Y en el mismo instante un soldado atravesó

de una lanzada el corazon de Jesus. La injuria de este golpe fue hecha al Salvador; mas el dolor recayó todo en su angustiada Madre. Los santos Padres opinan que este golpe fue la espada de que habló el santo anciano Simeon en el anuncio que hizo á María : espada no de hierro, sino de dolor, que atravesó su alma en el corazon de Jesus, en el cual habitaba.

María temiendo nuevos insultos contra su Hijo, rogó á José de Arimatea que pidiese permiso á Pilatos para sacar el cuerpo de Jesus, á fin de guardarlo despues de su muerte, y preservarlo de todo ultraje. Consintió Pilatos, y el divino cuerpo del Redentor fue depuesto de la cruz. ¡O Virgen santísima! Vos habeis dado al mundo á vuestro Hijo por nuestra salud; el mundo os lo vuelve : mas ; en qué estado! Ha perdido toda su hermosura : está todo desfigurado. ¡Oh! ¡ cuántas espadas, exclama san Buenaventura, atravesaron el alma de esta divina Madre cuando se le presentó el cuerpo de su divino Hijo depuesto de la cruz! María estrecha en sus brazos el cuerpo de Jesus : fija la vista en sus llagas, y exclama : « ¡Ah! hijo mio! ¡ á « qué estado os ha reducido el inefable amor « que habeis tenido á los hombres! Pero ¿qué « mal habeis hecho para que se os tratase de

« un modo tan infame? » Y si María fuese ahora susceptible de dolor, ¿qué es lo que nos diría? ¿Cual seria su dolor, viendo que los hombres, despues de la muerte de su Hijo continuan en despedazarlo y crucificarlo con sus pecados?

Cuando una madre se halla presente al suplicio y á la muerte de su hijo siente y padece todas las penas de este; mas cuando despues de su muerte se le va á dar sepultura : cuando esta madre afligida se halla en el trance de separarse de él ; el solo pensamiento de que ya no le verá mas le causa un dolor que excede todos los dolores. Tal era el estado de María, cuando despues de haber asistido al pié de la cruz á la muerte de su amado Hijo, despues de haberlo abrazado cuando hubo espirado, vió por fin encerrarlo en el sepulcro.

« Amado Hijo, le dice : todas las bellas calidades que te adornaban, tus virtudes, tu hermosura, tu amabilidad, las singulares muestras de amor que me habias dado, los favores especiales que de tí habia recibido ; todo ha cambiado en otras tantas saetas de dolor : porque cuanto mas me abrasaba en tu amor, tanto mas siento la pena que me causa el haberte perdido. ¡Oh Hijo mio muy amado ! perdiéndote á tí lo he perdido to-

« do. » Así es como san Bernardo hace hablar á la Virgen santísima.

María se consumia de dolor estrechando á su Hijo en sus brazos. Los discípulos temiendo que este triste espectáculo causase la muerte á María anegada en un mar de llanto, se apresuraron á quitárselo de delante para depositarlo en el sepulcro ; y despues de haberlo embalsamado lo envolvieron en una sábana, en la cual quiso el Señor dejar impreso su divino rostro ; los discípulos lo llevan en sus hombros, los ángeles bajan del cielo y forman parte del acompañamiento fúnebre : las santas mujeres siguen á la Madre afligida que forma la cabeza del duelo. Cuando se llegó al lugar del sepulcro, María angustiada se hubiera sepultado viva de buena gana para morir al lado de su Hijo ; pero resignada siempre á la voluntad de Dios quiso sobrevivir á su desgracia, y pagar el último tributo al dolor mirando como se depositaba aquel divino cuerpo en el sepulcro, en donde fueron tambien depositados los clavos y la corona de espinas, segun Baronio. El tormento de María llegó al colmo cuando hubo de separarse de aquel lugar de amargura.

Se cerró el sepulcro ; pero en él habia quedado sepultado con Jesus el corazon de la

Virgen, porque Jesus era el único tesoro de su Madre. Por fin bendijo aquella caja que encerraba la misma divinidad, diciendo : « ¡O dichosa piedra, que encierras al que yo he llevado en mis entrañas por el tiempo de nueve meses! Yo te bendigo, al paso que envidio tu suerte. Yo te dejo en depósito á ese Hijo, que es todo mi bien, todo mi amor. ¡O Padre eterno! El que está depositado bajo esa losa es vuestro Hijo y el mio : yo os lo recomiendo. » Y despues de haber dado el último á Dios á su divino Hijo y al sepulcro, se retiró afligidísima excitando la compasion de cuantos la miraban. Los discípulos ya lloraban mas sobre la Madre que sobre Jesus. Y las santas mujeres le pusieron un manto de luto que le cubria casi todo el rostro.

María pasando por delante de la cruz, de la cual chorreaba todavía la sangre de Jesus, fue la primera que se postró para adorarla. « ¡O cruz santa! exclamó, yo te beso y te adoro, porque desde ahora ya no eres un suplicio infame, sino un tronco de amor, y un altar de misericordia consagrado con la sangre del Cordero de Dios, que acaba de ser sacrificado por la salud del mundo. » Al fin se retira á su posada, y en su triste soledad se ofrecen á su imaginacion todos los

pasos de la vida admirable y de la muerte atroz del divino Redentor. Se acuerda de la solicitud maternal con que cuidaba y acariciaba á su Hijo en el establo de Belen, el puro afecto que mutuamente se profesaban Madre é Hijo, las palabras de vida eterna que salian de su divina boca, las santas conversaciones que habia tenido con él durante su mansion en la casa de Nazareth. Al mismo tiempo se le renueva la memoria de las escenas de horror que ofreció su pasion. Se le presentan á la vista los clavos, las espinas, la carne despedazada de su Hijo. Considera sus huesos descarnados, sus llagas profundas, su boca abierta, sus ojos cerrados. ¡Qué noche tan cruel! María lloraba sin cesar, y con ella todos los que estaban presentes; y perseveró en esta amarga situacion hasta que tuvo la dicha de volver á ver á su divino Hijo resucitado, glorioso y triunfante.

EJEMPLO IX.

Los que son devotos de los dolores de María durante su vida, experimentan grandes dulzuras en la hora de su muerte.

El venerable P. Joaquin Piccolomini, famoso por su tierna devocion á María, comenzó desde su niñez á visitar tres veces cada día una imagen de la Virgen de los Dolores : en honor de la misma Virgen ayunaba todos

los sábados, levantándose á la media noche para entregarse á la contemplacion de sus Dolores. La Virgen María no dejó sin premio esta devocion, habiéndosele aparecido cuando todavía era muy jóven, é inspirándole la vocacion de tomar el hábito de los siervos de María. Al fin de su vida la Virgen le presentó dos coronas : una de rubíes en recompensa de la compasion que habia manifestado siempre por sus Dolores; otra de perlas en premio de la pureza que le habia consagrado. En la última aparicion el venerable suplicó á la Virgen la gracia de poder morir en el mismo dia en que murió Jesucristo. «Prepárate, le dijo María; mañana, viernes, morirás «repentinamente conforme lo deseas, y mañana mismo «estarás conmigo en el paraiso.» Al dia siguiente, mientras se cantaba en la iglesia la Pasion segun san Juan, *Stabat juxta Crucem Mater*, el venerable Joaquín perdió enteramente el sentido; y cuando se llegó al pasaje, *et inclinato capite tradidit spiritum*, exhaló el último aliento; y la iglesia se llenó de un admirable resplandor y de un olor suavísimo. (*Sacado de la vida del venerable.*)

PRACTICA IX EN HONOR DE MARIA.

(Sacada de las obras de san Ligorio.)

Jesucristo ha comunicado muchas gracias á la devocion á María bajo el título de los Dolores. Es fundada la piadosa creencia de que habiendo la Virgen pedido á su divino Hijo alguna gracia especial en favor de los que la honrasen en sus Dolores, Jesus le concedió cuatro entre otras; 1^a que á los verdaderos devotos les concederia tiempo antes de la muerte para que hicieran penitencia de sus pecados; 2^a que les asistiria en sus tribulaciones, y particularmente en la hora de su muerte; 3^a que grabaria en sus corazones la memoria de su Pasion, para darles despues la recompensa en el cielo;

4^a que los encargaria á María, á fin de que dispusiese de ellos y les dispensase las gracias que tuviese por mas convenientes.

ORACION IX A LA VIRGEN SANTISIMA.

(De san Ligorio.)

¡O Madre afligida! No quiero dejaros llorar sola : quiero unir mis lágrimas á las vuestras. Por lo mismo os suplico hoy que me concedais la gracia de que me acuerde continuamente de la dolorosa pasion de Jesucristo y de la vuestra, á fin de que con estos recuerdos emplee todos los dias de mi vida en llorar sobre vuestros Dolores. ¡O Madre mia! ¡O Madre del Redentor! Haced que estos Dolores me inspiren una entera confianza en la hora de mi muerte para no desesperarme á la vista de mis pecados : que me obtengan el don de perseverancia, y finalmente el paraiso, en donde y en compañía vuestra cantaré las infinitas misericordias de mi Dios y vuestro. Amen.

EJERCICIO X.
PARA EL DOMINGO DE SEXAGÉSIMA.

INSTRUCCION DÉCIMA. LA VIRGEN SANTÍSIMA VE A JESUCRISTO RESUCITADO: ESTA PRESENTE A SU ASCENSION Y RECIBE EL ESPIRITU SANTO.

Filius tuus vivit, et ipse dominatur in omni terra.

Tu hijo vive, y su imperio se extiende sobre toda la tierra. (*Gen., cap. 43, v. 26.*)

Después que se hubo cumplido la grande obra de nuestra Redencion, María se retiró á Jerusalem en casa de María madre de Marcos, en la cual se cree que el Salvador celebró la última cena con sus apóstoles. En aquella casa pasó los dias que precedieron á la resurreccion, entregada á la mas sublime contemplacion de todos los misterios que acababan de cumplirse y de los que aun que-

daban por cumplir. No se duda que Jesucristo se apareció á su Madre en el mismo momento de su resurreccion gloriosa, para compensarla por medio de una repentina alegría de todos los padecimientos y amarguras que habia sufrido durante la pasion y en el Calvario. Y lo que lo hace mas creible es, que cuando el Salvador se apareció por la primera vez á sus discípulos reunidos con la Virgen santísima, no hizo particular distincion con su Madre; lo que regularmente no hubiera sucedido si no la hubiese visto antes.

El Salvador manda á Magdalena y á las otras santas mugeres á quienes se apareció luego después de su resurreccion, que fuesen á anunciar á Pedro en particular y á los demas discípulos, que habia resucitado. ¿No era regular que les hubiese mandado al mismo tiempo que lo anunciassen á su Madre, á no habérselo anunciado por sí mismo antes que á otros? Y si se pregunta, dice san Anselmo, porqué el Evangelio no hace mencion de la aparicion privilegiada hecha á la Madre de Dios, es porque el Evangelio nada dice de inutil y superfluo: y seria una cosa inutil decir que el Salvador resucitado se apareció á su Madre antes de aparecerse á las otras mugeres y á los discípulos; porque

no se puede pensar en la calidad de madre, en su ternura y afecto, en la parte que tuvo en la pasion de su Hijo, y en el amor que Jesucristo la tenia, sin convencerse que fue ella la primera que vió á su divino Hijo resucitado. Del mismo modo que habria sido superfluo, añade el mismo san Anselmo, que el Evangelio expresase que Jesucristo amaba tiernamente á su Madre, pues es cosa que debe suponerse; por cuya razon el Evangelista lo calla, al paso que habla muy á menudo de la predileccion que Jesucristo tenia á san Juan. Y si el discípulo amado del Señor dice que el Salvador se apareció primero á la Magdalena; debe entenderse, dice el abad Ruperto, con respecto á los testigos que Dios habia escogido para publicar por todo el mundo el grande misterio de su resurreccion, segun se expresa en los Hechos de los Apóstoles: *dedit eum manifestum fieri testibus præordinatis á Deo.* (Act. Apost. c. 10.)

Así como no es posible ponderar la amarga afliccion de María al presenciar la ignominiosa muerte de su Hijo; tampoco es facil expresar la singular alegría que experimentó esta bienaventurada Madre en la resurreccion del Salvador. Si el corazon de la Virgen se vió anegado en un mar de amargura durante toda la pasion; tambien su alma se llenó de

un gozo inefable en el acto de la resurreccion. Y no solamente tuvo el consuelo de ver á Jesucristo todas las veces que se apareció á sus discípulos reunidos; sino que tambien tuvo el placer de conversar familiarmente con él en sus apariciones privadas. Desde entonces puede decirse que se vió anegada en el torrente de delicias verdaderas que gozan los bienaventurados en el cielo.

Cuarenta dias despues de la Resurreccion, la Virgen santísima que habia pasado á Jerusalem para hallarse presente á la gloriosa Ascension de su Hijo, le acompañó con todos los discípulos á la montaña de los olivos. Este era el lugar que Jesucristo habia escogido para subir al cielo, é ir á sentarse á la derecha de Dios su Padre. Desde la cumbre de esta santa montaña el Señor dió las últimas instrucciones á la venerable asamblea que le rodeaba, la bendijo, distinguió á su inmaculada Madre con las maestras de su mas afectuosa ternura, y se fue elevando magistuosamente mientras que los ojos de todos estaban fijos sobre él hasta el momento en que una nube resplandeciente lo hizo desaparecer de su vista.

Nuestro entendimiento es demasiado limitado para que pueda formar idea de los sentimientos del Hijo y de la Madre en el mo-

mento de su separacion. Todo lo que puede decirse sobre eso es que María quedó en la tierra, pero su espíritu subia con Jesucristo al cielo. Despues de la ascension gloriosa se retiró con los apóstoles para aguardar en el cenáculo la venida del Espíritu Santo, que no puede dudarse haberla María apresurado con el ardor de sus deseos y con el fervor de sus ruegos. Lo recibió, pues, al cabo de diez dias con una nueva plenitud y sobreabundancia de gracias.

Una alma piadosa, y dotada del don sublime de la contemplacion, ha dejado escrito que la *llama milagrosa* bajo cuya forma descendió el Espíritu Santo en el dia de Pentecostes se fijó en el primer momento toda entera sobre la cabeza de la Virgen santísima, desde cuyo punto se dividió en otras tantas lenguas de fuego cuantas eran las personas que se hallaban en el cenáculo para fijarse sobre la cabeza de cada una. Esta circunstancia, que parece muy verosímil, es el símbolo mas expresivo para dar á conocer que la Virgen sola recibió en este dia tantas gracias y dones del Espíritu Santo como todos los otros juntos. Eso era porque en el alma de María se hallaban disposiciones mas perfectas que en las de todos los demas : y así como el eterno Padre la habia distingui-

do con singular amor desde su Concepcion immaculada, como á Hija suya predilecta; así tambien, dicen los Padres de la Iglesia, el Espíritu Santo quiso distinguirla en calidad de Esposa suya escogida con la abundancia de sus dones.

EJEMPLO X.

Las prácticas de devocion á María tarde é temprano son recompensadas.

Se lee en la historia de la Congregacion del santísimo Redentor el siguiente hecho referido por uno de los padres de esta piadosa sociedad. Dice que en una mision, despues del sermón que se acostumbraba predicar en alabanza de la Virgen, fué á encontrarle un viejo á fin de que le confesase, diciéndole lleno de contento : « Padre mio, la Virgen me ha dispensado una gracia. » El padre le preguntó cual era esta gracia, y respondió el viejo : « ¡ Ah Padre mio ! Habeis de saber que hace treinta y cinco años que me confieso siempre sacrílegamente, por no haberme jamás atrevido á declarar un pecado : en todo este tiempo me he visto expuesto á grandes peccados, y mil veces he llegado á las puertas de la muerte. Si hubiese muerto en tal estado, por cierto me habria condenado ; y este es el momento en que María me ha tocado en el corazon. » Y mientras decia esto derramaba abundantes lágrimas. El Padre, despues de haberle confesado le preguntó cual era la devocion que tenia á la Virgen. Y el viejo le respondió, que todos los sábados se abstenia del uso de lacticinios en honor de María, y que por esto la Virgen habia tenido piedad de él. El mismo viejo dió licencia al confesor para que publicase

este hecho, que prueba cuanto recompensa la Virgen hasta las devociones de menos monta hechas con pureza de intencion y con deseos de agradarla. (*Historia de la Congregacion del santisimo Redentor.*)

PRACTICA X EN HONOR DE MARIA.

(De san Enrique, emperador.)

Visitad las iglesias consagradas á la Virgen santisima. Se cuenta del emperador san Henrique que luego que entraba en algun pueblo iba á tributar sus homenajes á la Virgen santisima en una de las iglesias que le estaban consagradas.

ORACION X A LA VIRGEN SANTISIMA.

(De san Bernardo.)

¡O poderosísima Señora! Venid á socorrer nuestras miserias y debilidades: hablad en favor de nosotros á nuestro Señor Jesucristo. ¿Quién puede hacerlo mejor que Vos, que gozásteis tan íntimamente las dulzuras de su compañía en la tierra, y que ahora lo poseeis plenamente en el cielo? Hablad, os repetimos, hablad en nuestro favor á vuestro divino Hijo, porque él os oye, y Vos podeis estar segura de obtener todo cuanto le pidais. Pedid, pues, para nosotros un grande amor de Dios, la perseverancia en su santa gracia, y la dicha de morir en su amistad, á fin de poderos ver y alabar eternamente á Vos y al Salvador hijo vuestro. Amen.

EJERCICIO XI.

PARA EL DOMINGO DE QUINGUAGÉSIMA.

INSTRUCCION UNDÉCIMA SOBRE LOS ULTIMOS AÑOS QUE LA SANTISIMA VIRGEN VIVIÓ EN LA TIERRA.

Heu mihi quia incolatus meus prolongatus est.

¡Ay de mi! Señor. ¡Que mi destierro se ha prolongado mucho!
(*Psalm. 119, v. 5.*)

Quiso Dios que la Virgen permaneciese por largo tiempo en la tierra despues de la gloriosa ascension de su divino Hijo. Y esto fue, dicen los santos Padres, porque María habia de ser la madre de la Iglesia naciente y el mas dulce consuelo de los apóstoles, habiéndoles prometido Jesucristo que no los dejaria huérfanos. Era extraordinario el gozo que experimentaba al ver la multitud de milagros que se obraban todos los dias en nom-